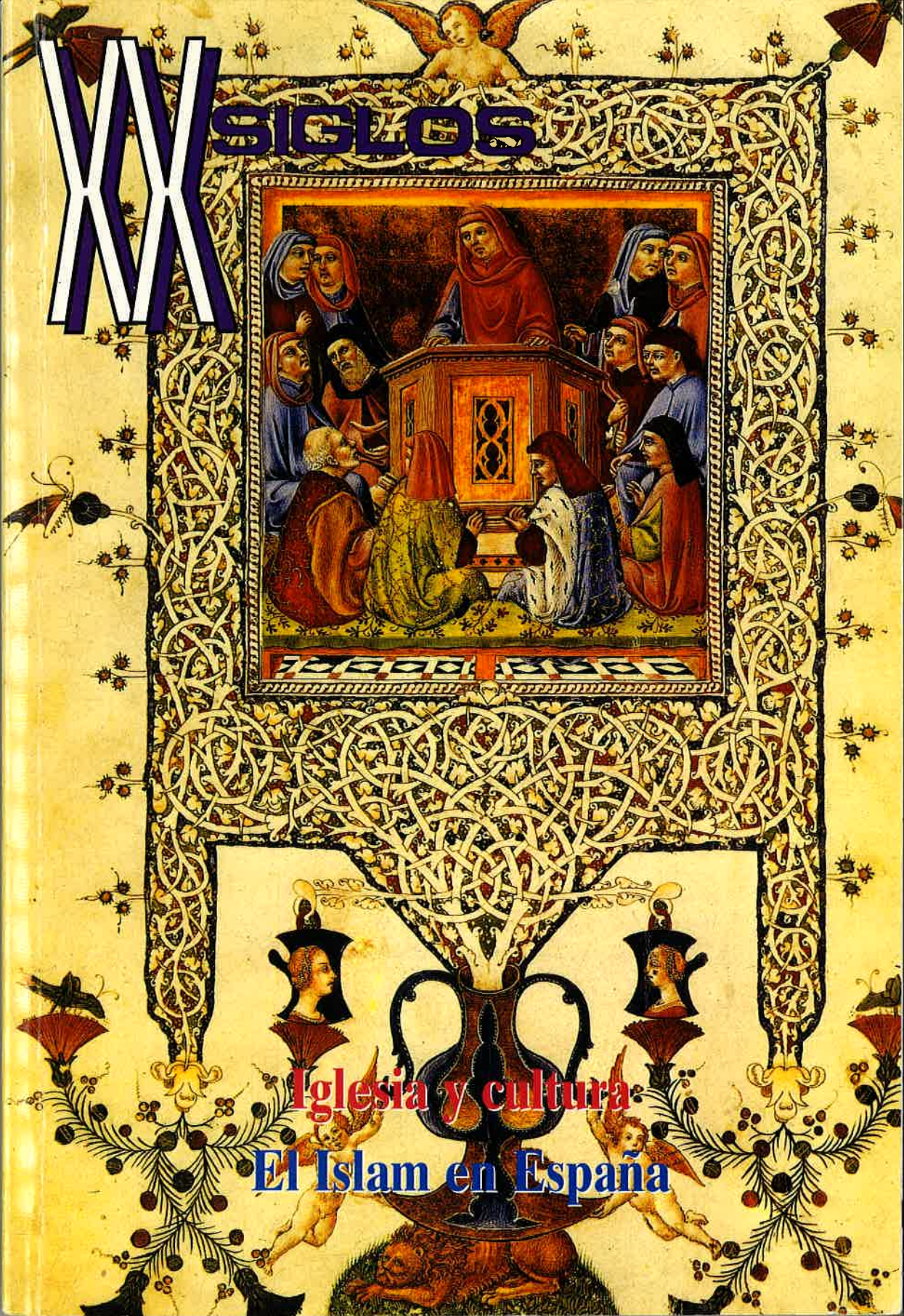
XX SIGLOS
Iglesia y cultura
El Islam en España

La escuela de traductores de Toledo y su trasfondo social y educativo

*Ramón Gonzálvez Ruiz**

INTRODUCCIÓN

Es una costumbre muy extendida el ufanarse de los progresos del mundo en que se vive y, al mismo tiempo, achacar al pasado toda suerte de atrasos e ignorancias. Tal costumbre se acentúa particularmente cuando se habla de la Edad Media, a la que se suele calificar como tenebrosa, oscura y atrasada. Los humanistas del Renacimiento, ya la calificaron así y esta tendencia perdura todavía ampliamente incluso entre las personas que se consideran cultas. Este supuesto está siendo cada vez más cuestionado por los historiadores de la educación y por los medievalistas actuales más competentes. Sólo voy a citar el nombre del italiano Armando Petrucci, el cual tiene el mérito particular de haber llevado a cabo un estudio pionero sobre el grado de alfabetización entre las clases populares urbanas de la Alta Edad Media italiana. Sus resultados son sorprendentes: en los medios urbanos de la Italia central del siglo X había muchas personas que estaban alfabetizadas, en un grado muy superior a lo que era frecuente pensar.

Lo antedicho puede servir de introducción a este trabajo, en el que se podemos partir de una pregunta: ¿Cómo es posible la existencia de una actividad intelectual tan intensa y destacada como la llevada a cabo en Toledo por la Escuela de Traductores durante la Edad Media, si dicha época es considerada de antemano como ignorante?

Aunque en otros lugares se hicieron traducciones, ninguna ciudad del Occidente europeo se puede comparar en este aspecto a la ciudad de Toledo por la calidad y la cantidad de los trabajos de traducción que en ella se llevaron a cabo durante los siglos XII y XIII. En Toledo existieron traductores autóctonos, como Domingo Gundisalvi, Juan Hispano, Marcos de Toledo, Juan de Toledo y buena parte del grupo judío de la corte de Alfonso el Sabio. Pero además, hacia Toledo confluyeron muchos sabios de otras regiones peninsulares, como Pedro Alfonso y Pedro Gallego; y de más allá de los Pirineos, como Gerardo de Cremona, Daniel de Morlay, Miguel Escoto, Salio, Hermann el Alemán, y otros muchos, hasta el punto de que el prof. H. Schipperges, recogiendo expresiones del tiempo, ha podido hablar de la existencia de un camino de Europa hacia de Toledo, paralelo al camino de peregrinación devocional hacia Santiago de Compostela.

Es indudable que Toledo ejerció en los siglos XII y XIII una peculiar fascinación sobre muchos espíritus inquietos ávidos de captar la ciencia árabe. Hombres oriundos de Toledo o asentados en la ciudad habían dado a conocer este hecho en los medios intelectuales europeos.

Alcuino en una carta a Carlomagno ya había expresado el deseo de instaurar en Francia una nueva Atenas, que

* Archivero de la Catedral de Toledo.

GONZÁLVEZ RUIZ, R. La escuela de traductores de Toled y su transfondo social y educativo.
XX SIGLOS, XIV, 52 (2003), 37-47.

fuese superior a la primera, donde habrían de florecer todos los frutos del paraíso. Y de la misma manera que se había hablado de la translación del imperio romano al reino franco por obra de Carlomagno, cuando fue coronado emperador la noche de Navidad del año 800, también se habló de una *Translatio studii usque Parisium*. Una nueva Atenas y una nueva Roma debían asegurar la perduración de la ciencia antigua en la capital del imperio. Un cronista franco que escribía unos 80 años después de la muerte de Alcuino, según afirma Paul Vignaux, creía que la tarea de la translación de la cultura ya se había rematado, pues los modernos, es decir, los francos, igualaban ya en sabiduría a los antiguos sabios de Atenas y de Roma. Él debía estar inmerso en aquel elevado ambiente cultural del siglo IX que nosotros conocemos como renacimiento carolino y otros prefieren llamar protorrenacimiento.

Luego vendría el siglo X, llamado con razón siglo de hierro por su decadencia generalizada. Pero aquellas cenizas no se apagaron nunca, sino que el rescoldo se mantuvo vivo por obra de los maestros. Si hubo una admirable prolongación cultural, hubo una más admirable continuidad en las instituciones escolares. El fuego nunca se apagó.

De la continuidad de la civilización entre la Antigüedad y la Edad Media se hizo eco el poeta francés Chrétien de Troyes en términos muy claros, pero expresados en categorías medievales de caballería y de clerecía:

> "Ce nos ont nostre livre apris
> Que Grece ot de chevalerie
> le premier los et de clergie.
> Puis vint chevalerie a Rome
> et de la clergie la somme
> qui or est an France venue".

A fines del siglo XII, cuando en París florecían las escuelas por encima de las otras instituciones similares europeas, los que se dedicaban a la enseñanza tenían la convicción de que eran continuadores del esplendor de Grecia y de Roma y acudían a captar las manifestaciones de la ciencia antigua allí por donde afloraban las prestigiosas enseñanzas de derivación grecorromana. Estas venían canalizadas y aumentadas a través del mundo musulmán. Un lugar de privilegio por donde afluían era precisamente Toledo.

¿Qué se buscaba en Toledo? En Toledo se buscaba lo que no existía en otras partes, lo que se echaba de menos en el saber de la época. Eran las obras de autores que hacían falta para que Europa desarrollara un pensamiento propio. No debemos olvidar que la mente de los medievales estaba acostumbrada a pensar en las grandes divisiones del *Trivio* (Gramática, Retórica y Dialéctica) y del *Quadrivio* (Aritmética, Geometría, Astronomía, Música), (después se agregaría la medicina, como una doncella dormida, según la bella metáfora de Schipperges): las siete artes liberales. Un lugar aparte lo ocupaba la ciencia de las escrituras divinas o Teología y la ciencia del derecho, las cuales poseían una tradición propia. El Trivio era la ciencia propedéutica de estas últimas, mientras que el Quadrivio se configuró como el saber científico. Todo el saber se encajaba de alguna en estas divisiones. Grandes filósofos del siglo XII, como Domingo Gundisalvi, siguiendo a Alfarabi, estuvieron preocupados en el problema de la división y clasificación de las ciencias.

Fundamentalmente se buscaba: a grandes rasgos, en el campo de la dialéctica y de la filosofía, las obras de Aristóteles y las de sus comentaristas árabes Avicena, Alfarabi y Averroes, porque al inicio del despegue de las escuelas universitarias europeas la filosofía aristotélica era conocida sólo fragmentariamente. Todo ello los árabes lo habían puesto ya en su lengua, puesto que ya habían traducido a su lengua al filósofo griego. En el campo de la astronomía, se buscaba, sobre todo, a Ptolomeo. La influencia del Almagesto

en el mundo musulmán había dado lugar a muchos nuevos desarrollos de los astrónomos y astrólogos árabes y judíos. En el campo de la medicina, se buscaban las obras de Hipócrates y Galeno, pero además la gran obra médica de Avicena y la abundante producción médica de los autores musulmanes. En la Geometría se echaban de menos las versiones árabes de Euclides y en matemáticas los escritos de Nicómaco de Gerasa y de otros autores helenísticos que ya habían sido traducidos al árabe.

Acercándonos más a las peculiaridades de Toledo en aquel tiempo, es justo preguntarse qué condiciones que se dieron en esta ciudad para que en ella echase raíces el movimiento traductor con mucha más fuerza que en parte alguna de la Europa de entonces.

La Escuela de Traductores de Toledo supuso una gran corriente de alta cultura que se intercambió entre intelectuales pertenecientes a unas comunidades que se identificaban por su disparidad confesional.

¿Es posible tal intercambio, si no está respaldado por una fuerte infraestructura educativa en dichas comunidades?

Aquel fenómeno histórico no es explicable, en mi opinión, si no se da por supuesta una ancha base educativa y cultural entre los pobladores de la ciudad. Podemos decir que en Toledo concurrió un conjunto de factores el un momento oportuno, factores de varia naturaleza, pero esencialmente de carácter educativo y social.

1. *Factor geográfico*

En primer lugar, hay que subrayar que Toledo se hallaba en la frontera entre ambos mundos, el cristiano y el islámico. Rescatada la ciudad del mundo musulmán en 1085, se mantuvo durante más de un siglo y cuarto en la línea fronteriza, al borde mismo de ese otro mundo y por tanto en simbiosis con él. A pesar de las frecuentes hostilidades entre ambas formaciones políticas, los intercambios humanos y culturales eran frecuentes. Con excepción de los momentos de guerras abiertas, siempre excepcionales, la frontera era sumamente permeable en ambos sentidos. Este factor no es determinante por sí mismo, pues otras ciudades hispanas estuvieron también en la raya con el mundo arábigo en algún momento de su historia y no hubo en ellas contactos culturales o se dieron de forma muy limitada.

2. *El factor demográfico*

La estructura poblacional de Toledo durante ese período es una causa determinante. Después de la incorporación de Toledo al reino castellano, un buen grupo de musulmanes quedaron en la ciudad, en número imposible de cuantificar, al parecer, no muy elevado, pero otros marcharon a al-Andalus, dejando sus tierras abandonadas. El vacío fue ocupado por sucesivas oleadas de mozárabes que vinieron del sur, expulsados de sus territorios por el integrismo almohade. Comunidades enteras de Málaga, Sevilla, Marchena, Mérida, Valencia, de África y otros puntos del sur, capitaneadas por sus obispos y arcedianos se acogieron a la hospitalidad toledana y se agregaron a la comunidad mozárabe nativa, que no era pequeña, constituyendo así uno de los grupos humanos más numerosos y mejor definidos. Expulsados vinieron también grupos de judíos, que recibieron asentamientos en Toledo y en localidades vecinas, algunas en exclusiva. Los expulsos —mozárabes y judíos— habían sufrido en sus tierras un largo proceso de aculturación, de tal forma que su lengua materna ya no era otra que el árabe de los dominadores. A la par que se mantenían fieles a sus propias tradiciones religiosas, sus dirigentes compartían con ellos aquellas novedades culturales, que no supusieran un peligro para su fe. Al mismo tiempo confluyeron

sobre Toledo gentes de otros muchos orígenes: castellanos de todo el norte de la Península en un número, al parecer, bastante elevado, francos procedentes de Gascuña y todo el sur y centro de Francia, genoveses y lombardos, pequeños contingentes germánicos, ingleses y escoceses.

Los reyes castellanos promovieron estos movimientos de masas, porque necesitaban asegurarse la posesión de la ciudad mediante una política de fomento de la repoblación. Con ello se consiguió que Toledo fuese el muestrario más variopinto de razas, religiones, lenguas y culturas de todo el continente europeo.

Los contactos no se verificaron sólo porque Toledo estaba al borde del mundo islámico, sino porque grupos de fuerte impregnación en varias culturas convivían en el seno de la sociedad toledana.

3. *El factor educativo*

La transmisión de los saberes se realiza en las escuelas y de la frecuentación de las escuelas surgen los hombres letrados. En el desarrollo de la cultura las escuelas ocupan un papel central. Sin unas escuelas cualificadas y bien regentadas por maestros competentes es seguro que Toledo no hubiera podido desempeñar el protagonismo de las traducciones.

Tenemos un testimonio de gran valor sobre el nivel de las escuelas toledanas de fines del siglo XII. En el prólogo de una obra suya, conocida con el nombre de "Philosophia", el traductor inglés Daniel de Morley nos ha dejado una viva descripción de sus andanzas de estudiante. Inquieto y audaz, como otros colegas de la época, desde su isla se dirigió a París para aprender las ciencias y allí encontró a unos maestros hinchados e infantiles, que parecían, según su expresión, estatuas mudas. Cuando abrían la boca, era para demostrar su ignorancia supina. Convencido de que aquel no era su camino, se dirigió a Toledo, donde sabía que la ciencia de los árabes se explicaba mejor que en ninguna otra parte, porque allí se encontraban los más sabios filósofos del mundo. Esto debió suceder en torno a 1170. Él buscaba, ante todo, las ciencias del Quadrivio, pero su interés final se cifraba en otra cosa: deseaba aprender estas ciencias humanas, para disponer de una mejor preparación, a fin de comprender mejor las Sagradas Escrituras. En suma, sus metas consistían en llegar a ser un gran teólogo.

El caso de Gerardo de Cremona había sido muy similar. Procedente de la región norteña de Italia, le había empujado a Toledo el amor al Almagesto, es decir, la geografía y la astronomía. En Toledo encontró este libro en árabe y lo tradujo. Su vida fue una incesante labor de versiones del árabe al latín (más de 80 obras). Conocido con el sobrenombre de maestro, Daniel de Morley nos dice que impartía clases en Toledo y él asistió a ellas. Es más, en una ocasión osó oponerse al indiscutible maestro delante del nutrido grupo de los escolares que seguían con avidez las enseñanzas del lombardo. El punto controvertido versaba sobre la influencia de los astros en la conducta de los hombres y el condicionamiento de la libertad humana por ellos. Tal como lo describe Morley, se trataba de un género escolástico bien conocido en las nacientes universidades: la "Disputatio".

Daniel de Morley trabó contacto en Toledo con un mozárabe, llamado Galippus, nombre latinizado del árabe Gálib y entre ambos constituyeron un equipo para realizar traducciones. Este oscuro personaje mozárabe, que le hablaba al inglés en "lengua toledana", según su expresión, era hasta hace poco un perfecto desconocido, hasta que yo mismo he tenido la fortuna de identificarle en la documentación latina. Era clérigo y no pertenecía a la catedral, sino a una de las parroquias urbanas de Toledo. Gálib debía ser un gran conocedor de la cultura árabe, pues

otros traductores contemporáneos también hicieron uso de sus servicios para sus traducciones. ¿Dónde había adquirido Gálib el dominio del árabe hablado y escrito y el conocimiento de las grandes obras de la cultura musulmana? Es indudable que en alguna de las escuelas toledanas, probablemente de las parroquias mozárabes.

Toledo era, a fines del siglo XII, junto con París, Bolonia y Salerno, una de las ciudades de mayor reputación académica entre los estudiantes por el prestigio de sus escuelas. El francés Geoffroy de Vinsauf escribe hacia el año 1208 en una obra llamada "Documentum de modo et arte dictandi et versificandi": "Entre los parisienses florece la ciencia del Trivio, entre los toledanos la del Cuadrivio, entre los salernitanos la ciencia de la medicina y entre los bononienses las ciencias de las leyes y el Decreto". En el Quadivio sobresalía la astronomía y la astrología, a las que tan dados eran los medievales, las cuales se cultivaban de modo sobresaliente en Toledo, según nos relata Helinando de Froidemont, el cual da a conocer las preferencias de los estudiantes en una conocida frase, que ha sido glosada por Eloy Benito Ruano, en una reciente publicación: "Ecce querunt clerici Parisius artes liberales, Aureliani doctores, Bononia codices, Salerni pyxides, Toleti demones et nusquam mores". = "Los letrados buscan en París las artes liberales, en Orleans los doctores, en Bolonia los códices de Justiniano, en Salerno las redomas y en Toledo los demonios y nunca las buenas costumbres". Helinando de Froidemont era un cisterciense rigorista, imbuido de un moralismo excesivo. Los demonios de Toledo eran la nigromancia y el cultivo de la astrología.

En estos años en que se estaban configurando las primeras universidades europeas, ¿sabemos algo de las escuelas de Toledo, aparte de estas citas elogiosas y genéricas?

Revolviendo las fuentes toledanas de la época, encontramos algunas noticias, no excesivas, pero suficientes, para reconstruir un poco del movimiento escolar de la época. Las fuentes son todas eclesiásticas, aún más, las fuentes son casi todas catedralicias y esto determina la perspectiva en que nos sitúan. El mayor caudal de información versa naturalmente sobre la actividad escolar de las escuelas catedralicias.

1. Las escuelas catedralicias

Las grandes instituciones eclesiásticas, catedrales, colegiatas y parroquias, disponían desde muy antiguo de una escuela aneja para la formación de sus ministros. Este hecho procede de la antigüedad y lo vemos confirmado en la época visigoda. En tiempos de Carlomagno se extendieron las escuelas por todo el imperio. La legislación en esta materia vino a ser como el paradigma de la normativa de la iglesia universal. En ninguna parte se extinguieron las escuelas y nunca cesó la cadena de los buenos maestros. En el mundo mozárabe y cristiano peninsular conocemos la situación de la Córdoba de San Eulogio y de Alvaro, que con las limitaciones propias del estatuto de sometimiento a los musulmanes dominantes supieron mantener muy alto el prestigio de las escuelas cristianas, en dura competencia con las coránicas.

La primera noticia que tenemos acerca del funcionamiento de una escuela catedralicia en Toledo después de la reconquista, data de principios del siglo XII. Un documento de compraventa de unas tierras en 1115 nos da a conocer la existencia de un maestro de Santa María de Toledo, el cual ostenta el título significativo de *grammaticus ecclesiae Sanctae Marie.* El más antiguo códice toledano escrito en letra carolina fue copiado en 1105 también por un Pedro, presbítero de Santa María de Toledo. La identificación de estos nombres parece obvia, puesto que la enseñanza y la copia de libros eran actividades que corrían parejas en aquel tiempo.

El nombre de este personaje nos certifica la existencia de la escuela de gramática en la Catedral en esta época tan temprana. Estas escuelas llamadas de gramática, constituían, por así decirlo, el nivel secundario de la enseñanza, puesto que antes de ellas había otras escuelas llamadas de primeras letras.

La proliferación de las escuelas en el siglo XII dio lugar a una nueva estructuración de la enseñanza en las catedrales. La legislación de los concilios ecuménicos (III de Letrán en 1179, IV de Letrán en 1215) ordenó que en cada iglesia catedral hubiera un maestrescuela, que sería el encargado de coordinar las varias instituciones escolares dependientes de ella. El maestrescuela no estaba encargado de impartir las clases, sino de inspeccionar la enseñanza, comprobar la idoneidad de los maestros, abonarles los salarios, conferirles la licencia para enseñar y hacerse responsable último de la disciplina de la comunidad escolar. El cargo de maestrescuela se hizo tan importante que la Santa Sede mandó en que Toledo este cargo recibiese una equiparación canónica similar al de las llamadas dignidades y que en las funciones litúrgicas solemnes pudiese utilizar el distintivo de la mitra, en igualdad de condiciones con el grupo de los canónigos que ostentaban dichas dignidades. Bajo su autoridad enseñaban los maestros de primeras letras y los maestros de gramática el conocimiento de la lengua, los dos niveles existentes en la Catedral, bajo distintos maestros.

Los alumnos de la escuela de gramática recibían el nombre de "mozos" y más comúnmente el de clerizones. En esta escuela se ingresaba en torno a los 10 años de edad. El número de clerizones estaba establecido en 40, pero de hecho la escuela a veces rondaba el centenar de alumnos. No todos los niños y adolescentes que frecuentaban la escuela pertenecían a la misma categoría. Había un número reducido —en un principio cuatro, luego seis, llamados seises— los cuales eran becados, vivían internos y recibían una especial educación musical en la polifonía, en razón de la calidad de sus voces. El resto eran externos; 40 de ellos asistían a coro y a los oficios litúrgicos por turnos, recibían una compensación económica por su presencia en ellos y también un estímulo económico por la asistencia a las clases. Otros eran beneficiados jóvenes de la iglesia o criados y parientes de los mismos. Éstos eran admitidos a las clases, pero no percibían ningún salario, puesto que no prestaban ningún servicio. Todos ellos estaban ordenados de tonsura y por eso, a todos les amparaba el mismo fuero eclesiástico, lo cual comportaba ventajas de índole fiscal y judicial. Todos tenían derecho a la asistencia médica por parte del médico y del cirujano del cabildo. Eran, pues, una corporación escolar y de intereses, un grupo privilegiado, lo cual explica la tendencia al asociacionismo, que daría lugar, en otras partes, a la aparición de las universidades. En las ciudades en que las escuelas evolucionaron hasta transformarse en estudios generales, el maestrescuela terminó siendo el canciller de la universidad, pero las instituciones educativas de Toledo no desembocaron en este final.

Los clerizones recibían enseñanza gratuita a cargo de la iglesia y cuando cambiaban de voz y se hacían adolescentes, podían optar por continuar al servicio de la iglesia o volver al mundo y empezar nuevos rumbos de vida. Los primeros, terminada su etapa de conocimiento de la lengua, pasaban a recibir una formación teológica, como candidatos a la clerecía de modo permanente.

La escuela catedralicia estaba estructurada en tres niveles:

1) Un nivel elemental, en que se iniciaba a los niños en la lectura, la escritura, el cálculo y el canto. Se aprendía a leer en el Salterio latino, con lo cual ya se instruían en la lengua culta de la iglesia y en el canto llano. En 1197 Raimundo, clérigo de San Nicolás y racionero de la Catedral, hizo testamento y, entre otras mandas, dejó 3 maravedíes

de oro a los clerizones de la iglesia, "para que lean en el Salterio". Era una forma de ayudar a los escolares.

2) El nivel medio estaba representado por la escuela de gramática. Se cursaba según la división establecida en la Antigüedad por Marciano Capella y transmitida también por Boecio y San Isidoro: el Trivium (Gramática, Retórica y Dialéctica, conjunto literario o lingüístico) y el Quadrivium (Geometría, Aritmética, Astronomía y Música o conjunto científico). Sin duda, la gramática latina era la asignatura fundamental. Se decía y se repetía hasta la saciedad este principio: "Qui nescit partes in vanum tendit ad artes" = el que desconoce las partes de la oración no está capacitado para ascender a la retórica y a la lógica. La gramática se estudiaba en los manuales clásicos de los autores de la Baja Latinidad, Donato y Prisciano. Es indudable que la escuela toledana impartía también las ciencias del Quadrivio, puesto que así lo afirma expresamente el traductor Daniel de Morley, es más, es muy posible, que para su enseñanza los maestros utilizaran libros o tal vez fragmentos de autores árabes debidamente traducidos y adaptados. Esta fama debió llegar a las escuelas europeas y ésta fue la razón de que en Toledo se afincaran hombres ávidos de conocerlas, como Gerardo de Cremona y el mismo Daniel de Morley. Es muy probable que esto sucediera con disciplinas tales como la Geometría y la Astronomía, dado el interés de los autores árabes por ellas. Los mejores maestros y los mejores libros estaban en Toledo a fines del siglo XII. Daniel de Morley volvió a Inglaterra con un cargamento de ellos, pues eran una novedad en las escuelas de su país.

3) El tercer nivel era el teológico o propiamente eclesiástico. Estaba reservado para los que seguían la vocación clerical, hasta desembocar en la ordenación. El núcleo de las enseñanzas en este nivel estaba constituido por tres disciplinas principales: la Sagrada Escritura, el Derecho canónico y la Liturgia. Al frente de este nivel de la escuela catedralicia se encontraba un maestro llamado teólogo, que a veces procedía del mismo cuerpo de la iglesia o bien era un religioso competente al que la catedral retribuía.

4) La capilla musical. Al lado de estas enseñanzas con sus tres niveles, es preciso mencionar, como una especie de escuela independiente, la capilla musical. La música es un componente fundamental de la liturgia. En el siglo XII la música se separó netamente de los demás estudios. Por un lado quedó el canto gregoriano, de antigua ascendencia romano-bizantina, pero por otro se introdujo la polifonía, llamada "canto de órgano". El canto gregoriano era practicado por todos los clérigos, incluidos los niños clerizones. Junto al gregoriano había un canto monódico, llamado de melodía, no estrictamente litúrgico, que se practicaba en las secuencias y en los tropos, a cargo de las mejores voces de la "Schola". Para el llamado canto de órgano o polifónico se escogieron voces blancas, que se contraponían a las cuerdas de tenor y barítono y estaban a cargo de niños cantores especialmente dotados. En la documentación de los siglos XII y XIII han quedado cuatro nombres de "organistas", tal vez tañedores de órgano y al mismo tiempo compositores de música polifónica. Las más antiguas muestras de monodia y de polifonía castellanas se encuentran en dos códices de la BN, procedentes de Toledo, el 103-23 (hoy BN 10069)con las Cantigas de Santa María y el 32-23 (hoy BN 20.486), con piezas a tres y cuatro voces de motetes y "conductus" de la segunda mitad del siglo XIII, que los musicólogos denominan como "Ars Antiqua".

2. Las escuelas parroquiales latinas y mozárabes

Antes de la implantación de los seminarios por obra del concilio de Trento en el siglo XVI, la enseñanza clerical se

impartía en las parroquias. Una parroquia era al mismo tiempo un lugar de culto y un centro de enseñanza, siguiendo las tradiciones antiguas, urgidas por Carlomagno y luego recogidas en las compilaciones canónicas: el Decreto y las Decretales Antiguas. El local solía ser la sacristía, una dependencia de la iglesia y, a veces, un salón o casa cercano. El maestro siempre era un clérigo.

La ciudad de Toledo contaba con 26 parroquias, de las cuales 20 eran de rito latino y 6 de rito mozárabe. Ciertamente no todas tenían la misma vitalidad ni los mismos efectivos humanos, como sabemos por un documento del arzobispo don Gonzalo Pétrez, de 1283. Unas abundaban en clero, como las latinas San Nicolás, San Román y San Andrés, con 17 clérigos y las mozárabes de San Sebastián, Santa Justa y Santa Eulalia, con 9 clérigos, y otras estaban al nivel mínimo, como las latinas San Cristóbal, San Isidoro, San Cebrián y Todos Santos (con uno solo); en este aspecto las mozárabes más infradotadas contaban la que menos con tres y todas por lo menos con cuatro. Este índice tenía que repercutir por fuerza en la marcha de las escuelas. Aún suponiendo que las cuatro latinas que contaban con un solo clérigo no pudieran atender a las necesidades de la enseñanza, las escuelas parroquiales latinas sumadas a las mozárabes no bajarían de 22. Doy estas cifras para que podamos hacernos cargo del número de escuelas en funcionamiento en los siglos de las traducciones. Suponiendo que cada escuela parroquial contara con una media de 10 alumnos, en estos establecimientos debían estar escolarizados mas de 200 niños y jóvenes. Estos datos no son simples conjeturas, pues por documentos del mismo don Gonzalo Pétrez nos consta de ciertas parroquias de la zona de Villa Real que presentaban a las órdenes cada año a 3 candidatos. Esto significa que tres alumnos finalizaban sus cursos por término medio en ciertas escuelas de zonas rurales que Toledo.

A estas escuelas asistían todo género de estudiantes. Pensadas en principio para clérigos, cuando llegaba el momento de decidir el rumbo de cada uno, unos se decantaban por la vida clerical y otros tomaban el camino de un laicado culto, para el cual no faltaban espléndidas oportunidades en la vida civil de la ciudad. En pleno siglo XII conocemos varios casos de laicos que poseían libros y en el XIII sabemos de alcaldes de Toledo que manejaban habitualmente el Fuero Juzgo.

Las noticias sobre las escuelas siempre han sido escasas. En nuestro caso, contamos con más noticias sobre las escuelas mozárabes que sobre las latinas. Hay una alusión explícita a ellas en un documento del arzobispo don Gonzalo Pétrez. Él mismo era mozárabe de origen y había frecuentado dichas escuelas en la primera mitad del siglo XIII. Las escuelas mozárabes estaban adaptadas a sus peculiaridades culturales. Los mozárabes eran la minoría más culta de todas las que poblaban la ciudad.

Además de las escuelas parroquiales funcionaban en la ciudad un cierto número de escuelas privadas. Muchos clérigos competentes abrían escuelas y con el ejercicio de la enseñanza se ayudaban en las necesidades de su vida.

Las familias de más destacadas de la ciudad por riqueza y nobleza disponían de preceptores para sus hijos.

Por el hecho de haber vivido bajo los árabes, los mozárabes hablaban este idioma como lengua materna. En el interior de sus casas se conocían unos a otros con nombres arábigos, pero en el trato con los demás usaban un nombre de raigambre romance. Hablaban además su propio romance mozárabe, distinto del castellano, que era la lengua de la calle. La lengua culta de su tradición cultural era el latín, que sus dirigentes religiosos utilizaban en el culto y en su compilación legal que era el Fuero Juzgo. Los mozárabes cultos no sólo dominaban el árabe hablado, sino el escrito.

En la documentación mozárabe publicada por González Palencia han

quedado numerosas noticias de mozárabes que en sus testamentos hacen donaciones a los maestros que los enseñaron. Así tenemos el caso del alguacil y alcalde don Domingo Antolín en 1161, el de Juan Pétrez Mocarrán y el de su nieta Eulalia, el de doña Leocadia, que había tenido por maestro a don Ginés. La enseñanza era considerada como cosa sagrada y, por eso, muchos maestros no pedían nada por la maestría. Pero los padres de los alumnos recompensaban espléndidamente a los maestros. Tal es el caso del subdiácono Juan, nieto de Juan el Polichení, el cual fue preceptor de hijos de familias nobles y ricas y confesó que las donaciones que le hicieron los padres de sus pupilos le habían sido suficientes para adquirir posesiones rústicas en torno a Toledo.

También quedan noticias de mujeres mozárabes alfabetizadas, como los casos de doña Cristina y doña Orabona, hija de Salvador ben Fadl, el de doña Charina, esposa de Mojiel el Carnicero, el de doña María Domingo y otros más. Conocemos el nombre de una maestra, doña María, que regentaba una escuela privada de primeras letras. Según Adéline Rucquoi, las mujeres desempeñaban un papel de primer plano en la iniciación en las primeras letras de sus hijos. Con frecuencia se valían de abecedarios bordados o de letras dibujadas en papel o pergamino.

Si nos preguntamos qué y cómo se estudiaba en las escuelas, tenemos datos muy precisos que nos lo indican. Así, por ejemplo, el Ms.99-30 de la Biblioteca Capitular, que está escrito en letra visigótica de fines del siglo XII, es una selección o repertorio, preparado por una maestro, para la enseñanza de las reglas gramaticales más usuales de Donato y Prisciano. El estar copiado en visigótica nos indica que fue propio de un maestro que enseñaba la gramática latina a niños de familias mozárabes. Pero lo más original de dicho Ms. es que está constelado de notas árabes intercaladas, superpuestas encima de los nombres latinos. Estas notas indican que esta enseñanza se impartía a unos alumnos para los cuales el árabe era la lengua materna y, es más, para unos alumnos, a los cuales los términos árabes de nombre, pronombre, verbo, adjetivo, etc. les eran familiares, por haber cursado ya la lengua árabe materna en las escuelas. A una conclusión semejante ha llegado el Prof. Van Koninsveld, examinando un vocabulario latino-arábigo existente en Leyden, es decir, que estaba compuesto para estudiantes de latín que ya conocían previamente el árabe, puesto que los vocablos latinos vienen explicados con abundancia de sinónimos árabes. Según este autor, dicho vocabulario procede de Toledo. Quedan también Biblias latinas, como el Ms. 2-2 de la Catedral, en cuyos márgenes ciertos usuarios avanzados han puesto la correspondencia de las palabras latinas en su versión al árabe, sin duda, con objeto de aclarar mejor algún concepto cuya comprensión es más fácil al usuario en el árabe materno.

Para el aprendizaje del árabe los mozárabes toledanos no recurrían al Corán, como es lógico. Ya desde la época de Eulogio y Paulo Albaro, se había buscado un sustituto del libro sagrado. Los mozárabes tradujeron el Salterio al árabe e impusieron este libro como manual escolar de aprendizaje de dicha lengua. Se conocen nada menos que tres versiones de este libro bíblico cristiano, una poética y rítmica y las otras en prosa. Todas ellas estaban preparadas para la enseñanza.

Un ejemplar del Fuero Juzgo en latín (hoy en la BN, pero procedente de Toledo, el ms. 43-5), lleva numerosísimos comentarios interlineados en árabe. Sin duda lo ha utilizado un alcalde mozárabe arabófono o ha servido de texto en las escuelas.

En estas escuelas toledanas de los siglos XII y XIII no sólo se enseñaba el árabe para tareas ordinarias, sino el árabe como lengua de cultura, con fines documentales y con fines culturales. De lo primero son buena muestra los cerca de 1.200 documentos que la comunidad

mozárabe de Toledo ha generado, conservados en la Catedral y en el monasterio de San Clemente. La documentación en esta lengua hubo de ser mucho mayor, porque lo conservado representa aquellos documentos que se manejaron en las relaciones de los mozárabes con las dos instituciones mencionadas.

3. Escuelas judías y musulmanas.

Si escasos son nuestros conocimientos sobre el funcionamiento de las escuelas cristianas de Toledo, mucho menos lo es de las escuelas de estas dos minorías étnico-religiosas.

También las sinagogas y las mezquitas tenían anejas sus escuelas. Sánchez Cantón afirma que en al siglo XIV llegó a haber en Toledo no menos de 10 escuelas judías. A ellas les debe la formación los numerosos judíos destacados como financieros, médicos, prestamistas, filósofos y poetas. No menos de 10 colaboradores judíos aparecen por sus nombres en las obras traducidas en la corte de Alfonso el Sabio. A los judíos, que habían vivido bajo los musulmanes del sur y luego emigraron hacia Toledo, les había sucedido algo similar a los mozárabes: venían intensamente arabizados. También su lengua materna era el árabe, por lo que es muy probable que también en sus escuelas estudiasen el árabe, junto con las materias propias de la educación de los jóvenes hebreos.

En cuanto a los musulmanes de Toledo, siempre se ha afirmado que representaban la minoría más reducida en la Edad Media. Y también se ha dicho que se trataba de gentes de ínfima condición social, artesanos, traficantes, y muchos de ellos esclavos. ¿Debemos suponer a las personas de esta minoría ayunos de toda educación? Aquí nos movemos en un terreno mucho más escurridizo, pues la documentación existente es escasísima. Para mayor dificultad, no queda ningún nombre seguro entre los traductores de la Escuela. Pero hay unos indicios que nos hacen sospechar que también entre ellos hubo hombres de cultura. En primer lugar, la presencia en Toledo, al parecer, hasta época muy tardía, de al menos una mezquita abierta, la de la Tornerías. La mezquita necesita un animador religioso, que se encarga del adoctrinamiento en las enseñanzas coránicas. Sin esta actividad es imposible asegurar la continuidad de la comunidad musulmana. Existe también el testimonio del traductor Marcos de Toledo, que en dos ocasiones hace referencia a los "armaria arabum" de Toledo, tal vez bibliotecas. Marie Therése d'Alverny, la gran especialista en Avicena y en Marcos de Toledo ha puesto de manifiesto en sus estudios la importancia de esta noticia referente a las bibliotecas musulmanas de Toledo, tal vez anejas a la mezquita y a la escuela.

Finalmente queda la evidencia de tres manuscritos copiados en árabe y fechados en Toledo. Se encuentran en la Biblioteca de El Escorial. Los tres son de materia médica. Uno es el 799 con obras de Galeno, cuyo colofón informa de que fue copiado en Toledo en agosto de 1190 por Ahmad ben Ali ben Martín y luego circuló en el mismo Toledo en el siglo siguiente entre médicos toledanos. El Ms. 807 fue copiado en Toledo en 1226 por Yúsuf ben Muhammad y el Ms. 833 fue copiado también en Toledo entre el 10 y el 20 de enero de 1265 por Abd al-Kabir ben Abd al-Hakk ben Abd al-Kabir al-Gafikí.

Cuando se dispone de copistas expertos en una lengua es una señal inequívoca de la existencia de unas buenas escuelas donde se han aprendido el lenguaje escrito. Las habilidades de los copistas pueden ser accesorias.

Final

Toledo fue una ciudad donde se realizaron numerosas traducciones en la edad Media, todas a partir del árabe al latín, con la intermediación del castellano en muchas ocasiones. Esto no pudo ser una casualidad: tuvo que haber

unas condiciones objetivas que favorecieran este intercambio. Lo que he pretendido destacar en este trabajo es que Toledo disponía de aquello que no poseía en semejante grado ninguna otra ciudad de la Península, a saber: unos sistemas de enseñanza muy extendidos y muy diversificados con numerosas escuelas de para cada una de las comunidades religiosas que vivían en su seno. Sin esas escuelas el fenómeno de las traducciones hubiera sido imposible.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

Ramón GONZÁLVEZ RUIZ, *Hombres y Libros de Toledo* (Madrid, Fundación Ramón Areces, 1997); Ramón GONZÁLVEZ RUIZ, "Las escuelas de Toledo durante el reinado de Alfonso VIII", *Alarcos 1196. Actas del Congreso Conmemorativo de la batalla de Alarcos (1995, Ciudad Real).* Ediciones de la Universidad de Castilla- La Mancha (Cuenca 1996) 171-209.